

E S T U D I O S



Niños bañándose, óleo. J. Sorolla.

ERÓTICA Y HERMENÉUTICA,
O EL ARTE DE AMAR EL CUERPO
DE LAS PALABRAS

Jorge Larrosa

ERÓTICA Y HERMENÉUTICA, O EL
ARTE DE AMAR EL CUERPO DE LAS PALABRAS

Contra el orden y el conformismo lingüísticos, para ser, actuar e interpretar de otro modo, hay que ser un filólogo. No en el sentido del especialista ni del literato, quienes pretenden apropiarse de las palabras, o como la hermenéutica tradicional o las concepciones lingüísticas positivistas, que marginan la materialidad de las palabras o las reducen en un estudio con pretensiones objetivas, sino en el sentido del cuerpo-amante-enamorado de ellas, quien ama y siente el cuerpo de las palabras, de ese cuerpo sensible, maleable, revelador de la alteridad, lugar de la libertad; quien no las utiliza, porque el cuerpo de las palabras no le pertenece al discurso, a la comunicación, sino que las ama subvirtiéndolas, explotándolas, colapsándolas hasta el sinsentido mismo.

EROTICISM AND HERMENEUTICS OR THE ART OF LOVING THE BODY
OF WORDS

Against the linguistic order and conformism, for being, acting and interpreting in a different way, you must be a philologist. Not in the sense of an expert or a man of letters—who intends to make words of his own—> neither like the traditional hermeneutics or the positivistic linguistic conceptions—which take away the materiality of words or restrain them in an objective study—; but being a philologist in the sense of a body, a lover in love with words, someone who loves and feels the body of words, that sensible, malleable body that reveals the other, that place for freedom. Being a philologist who does not use words, since they do not belong to discourse, neither to communication; but someone who loves them, subverting them, exploiting them, and making them collapse to nonsense.

ERÓTICA Y HERMENÉUTICA, O EL ARTE DE AMAR EL CUERPO DE LAS PALABRAS

Jorge Larrosa

Las palabras, pues, camaradas, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una con amor, eso sí, ya que tenemos nombre de "amigos-de-la-palabra"; pues ellas no tienen por cierto parte alguna en los males en que penamos día tras día, y luego por las noches nos revolvemos en sueños, sino que son los hombres, malamente hombres, los que, esclavizados a las cosas o dinero, también como esclavas tienen en uso a las palabras. Pero ellas, con todo, incorruptas y benignas: sí, es cierto que por ellas este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él; pero si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez, en sentido inverso van destejiendo sus propios engaños ellas, tal como Penélope por el día apacentaba a los señores con esperanzas, pero a su vez de noche se tornaba hacia lo verdadero.

Agustín García Calvo

También Nietzsche sabía muy bien que el conformismo lingüístico está en la raíz de todo conformismo y que el orden del lenguaje es inseparable de todo orden. Nietzsche sabía que enseñar a hablar, a escribir y a leer es enseñar a hablar, a escribir y a leer como está mandado, es decir, a experimentar la realidad, la del mundo y la de uno mismo, como está mandado o, lo que es lo mismo, a portar-

se como está mandado. Y para pervertir el orden y el conformismo, para aprender a hablar, a escribir y a leer de otro modo, para interpretar el mundo y a nosotros mismos de otro modo, para ser de otro modo, Nietzsche nos invitaba a ser filólogos rigurosos. Y con el nombre de Nietzsche yo también apelo aquí, lector amigo, a tu complicidad de filólogo. Con el nombre de Nietzsche, del que se hace solidario cuando dice

* Universidad de Barcelona. España.

Dirección: thjlb06d@d5ub.es

"nosotros", del que no pide nunca fidelidad si no es para eximirnos inmediatamente de su petición, del que no nos exige asentimiento en lo dicho o en lo pensado sino complicidad en lo que queda por decir y en lo que da que pensar. Porque para ser con-vocado con el nombre de Nietzsche no hace falta "saber" de Nietzsche, ni siquiera "haber leído" a Nietzsche. La amistad a la que apelo, lector amigo, no es la de las adhesiones o las descalificaciones, no es la del acuerdo o la del consenso, no es la de las posiciones o las oposiciones comunes, sino la de la complicidad en el amor a las palabras. En un amor, además, que no tiene que ver con el uso de las palabras sino con su libertad y que no tiene que ver con su vida diurna, aquella en la que las palabras trabajan al servicio del orden y de la esperanza, al servicio del sentido, sino con su vida nocturna, la más inquietante y la más peligrosa, pero también la más benigna, la más hospitalaria, la más verdadera, la más carnal.

Porque *filólogo* no nombra aquí a un especialista, ni siquiera a un literato, sino a un amigo-amante-enamorado. Nietzsche sabía muy bien que los especialistas tienen joroba porque viven en espacios angostos, de techos bajos y frecuentemente mal ventilados, que tienen el culo gordo debido a su vida sedentaria, y que son seres más bien cobardes porque entienden por "rigor" la posesión de un método que garantiza caminar siempre por sendas seguras, de esas fáciles, tranquilas y cómodas que llevan sólo a una meta prevista. ¿Cómo podría un amigo-amante-enamorado ser un especialista? Y Nietzsche sabía también que a los literatos les duele la espalda de tanto hacer reverencias, de tanto inclinarse graciosamente ante los poderosos. Sí el amor del especialista es ese amor seguro, regular y metódico de un cuerpo torpe y que no se expone, de un cuerpo que sólo sabe cumplir metódica, segura y regularmente con sus deberes de asignatura, con sus tareas asignadas, el amor del literato es el amor de un petrimetre, de un cortesano lleno de afeites que usa las palabras para brillar en sociedad, para darse importancia. Ni el especialista ni el literato son filólogos rigurosos, amantes rigurosos. El uno por demasiado prudente, por demasiado miedoso; el otro por charlatán, por pedante. Incluso podríamos dudar de que estén enamorados. Porque no está necesariamente enamorado de las palabras el que "sabe" de ellas ni el que "presume" de ellas, el que tiene con ellas una familiaridad "de conocimiento" o "de trato" más o menos confortable y un tanto arrogante.

A demás, el amante puritano y el amante promiscuo tienen algo en común: la voluntad de apropiación. Su manera de amar las palabras, si es que ese modo de relación con ellas puede llamarse amor, o amistad, es un impulso de apropiación. Su amor es codicioso, quiere tener, está atravesado de cabo a rabo por maniobras de apropiación, por estrategias de apropiación. Ambos quieren apropiarse del lenguaje, ser sus dueños, sus propietarios. El especialista aspira a domesticar el lenguaje, a convertirlo en doméstico, a encerrarlo en el espacio estrecho de su habitáculo, a desactivar todos sus riesgos, a asegurarse de que no hay en él nada de extraño, nada de peligroso, nada de inquietante. El literato quiere el lenguaje para agradar y para agradarse, y por eso lo pliega a las modas y a los gustos dominantes.

Nietzsche nos invitaba a ser amigos-amantes-enamorados de las palabras con una forma de amistad y de amor que no pase por el conocimiento, ni por el uso, ni por la voluntad de apropiación. Y también, quizá esencialmente, Nietzsche nos invitaba a ser amigos-amantes-enamorados del cuerpo de las palabras. Porque pese a todos los dualismos entre el signo material y el sentido inmaterial, el cuerpo y el alma, la forma y el contenido, la letra y el espíritu, y pese a su dominante funcionamiento jerárquico y des-erotizador, en rigor sólo se puede amar un cuerpo, siendo un cuerpo, a través de un cuerpo, haciendo cuerpo con un cuerpo, cuerpo a cuerpo, entre los cuerpos. Aunque eso suponga invertir o pervertir la antigua jerarquía metafísica entre el espíritu y la letra, que está en el centro de la hermenéutica tradicional.

Según esa jerarquía, el cuerpo de las palabras opera como simple portador de su sentido, como representante o vicario o lugar-teniente de su sentido, como el lugar que tiene o que con-tiene el sentido. Desde ese punto de vista, la comprensión consiste en ob-tener ese sentido arrancándolo del cuerpo y abandonando después el cadáver como letra muerta, inanimada. Una palabra sin sentido es sólo un cuerpo, una palabra que no expresa nada, que no dice nada. Porque para la hermenéutica tradicional, el cuerpo de las palabras envía inmediatamente al sentido, como si las palabras sólo tuvieran cuerpo para contener sentido. Por eso las operaciones de comprensión, como operaciones de captación del sentido, suponen en el límite la descorporeización de las palabras.

Si las palabras no son otra cosa que el lugar de la materialización, de la Encarnación o de la transmisión de algo que es por esencia incorporeal, poner el acento en la comprensión o en la interpretación es concebir la relación con las palabras como acceso al espíritu que está encarnado en la letra o como apropiación del sentido que está materializado y transportado en el signo. Comprender es acceder a la profundidad espiritual e invisible encarnada en el lenguaje, sobrepasando para ello la superficie material de su corporeidad visible. Para la hermenéutica tradicional, y especialmente para los modelos de interpretación simbólica, el objeto de la comprensión es el espíritu del texto: por eso la interpretación sólo puede hacerse a través de la marginación de su dimensión corporal. Pero ¿cómo podría amarse sin cuerpo?

Frente a esta descorporeización del lenguaje que atraviesa la hermenéutica occidental, la concepción positivista del lenguaje, la que permite la objetivación del lenguaje por las ciencias positivas, consiste en considerar el texto como una materialidad identificable y analizable objetivamente, como una pura objetividad a la vez material y formal pero siempre exterior, tomada independientemente de toda interpretación. Para el programa positivista, el cuerpo de las palabras se reduce a su determinación objetiva. Pero, ¿cómo podría amarse un cuerpo percibido en su determinación objetiva? ¿Cómo podría amarse una cosa? ¿Cómo se puede amar con neutralidad positivista? ¿Cómo se puede amar analíticamente? No hay erótica en la anatomía ni en la disección de cadáveres, y la necrofilia, que sí que es una erótica de lo muerto, no tiene nada de positivista.

Tanto la hermenéutica tradicional como las concepciones lingüísticas de tipo positivista se basan en la separación del espíritu y la letra: bien mediante la reducción de toda relación con el lenguaje a interpretación, ignorando la letra, o bien mediante la negación de la interpretación, eludiendo el sentido. En todos esos casos ¿dónde está el cuerpo de las palabras? Podríamos decir, en una analogía quizá demasiado atrevida, que el cuerpo de las palabras está en los mismos lugares que el cuerpo humano: en el trabajo o en el laboratorio. En la hermenéutica tradicional, el cuerpo de las palabras está trabajando. Al igual que el cuerpo del trabajador no es otra cosa que una fuerza de trabajo no acumulable que se agota y desaparece en la producción de la mercancía y, posteriormente,

en la acumulación del capital, del valor y de la plusvalía, el cuerpo de las palabras no es otra cosa que lo que se usa para la producción controlada del sentido. Si el capitalismo es un sistema de conversión del cuerpo en mercancía, en valor y en dinero, hay modos de relación con las palabras en las que su cuerpo se disuelve en la pura función de significación. En la alternativa positivista, el cuerpo de las palabras está siendo estudiado. Al igual que en un hospital, o en un laboratorio, el cuerpo humano es una cosa que se analiza en su estructura o en su funcionamiento, el cuerpo de las palabras es también objetivado, cosificado, analizado, anatomizado, desmembrado, desanimado, reducido a su materialidad in-significante.

Aunque habrá que señalar también, en este intento de determinar las modalidades habituales de considerar (o de no considerar) el cuerpo de las palabras, que la hermenéutica contemporánea, al menos en su versión canónica, gadameriana, y sobre todo en su consideración de la obra de arte (y, por tanto, de los usos estéticos del lenguaje), no opone de manera abstracta la letra al espíritu, puesto que el significado no puede captarse independientemente de su materialización específica. El cuerpo de las palabras no se limita a con-tener un significado, sino que muestra ese significado: así la materialidad que da cuerpo al sentido es más que letra muerta e inanimada, puesto que el sentido está constitutivamente enlazado a la literalidad del texto.

Desde ese punto de vista, el cuerpo de las palabras no es prescindible en la comprensión como si fuera un mero vehículo del sentido, como en los modelos de la interpretación simbólica, pero tampoco se ve reducido a su determinación objetiva, insignificante, como en el modelo positivista. La hermenéutica contemporánea propone una mediación entre el cuerpo y el sentido de las palabras puesto que la comprensión sólo se da en su referencia mutua, como si la letra sólo pudiera entenderse en tanto que significativa y, a su vez, la significación sólo pudiera entenderse en tanto que materializada. Así, entre el cuerpo de las palabras y su sentido existiría una relación de armonía o de correspondencia o de integración.

Pero a lo mejor el cuerpo que amamos no es un cuerpo productivo, ni un cuerpo significativo, ni un cuerpo insignificante: amar un cuerpo

no es usarlo, ni comprender lo que expresa o lo que representa, ni analizarlo en su estructura y en su funcionamiento. A lo mejor el con-tacto entre nuestro cuerpo y el de las palabras, el cuerpo a cuerpo del amor a las palabras, no está del lado del trabajo ni del lado del conocimiento ni del lado de la satisfacción. A lo mejor amar el cuerpo de las palabras no está del lado de la producción del sentido y tampoco tiene que ver con la satisfacción de necesidades ni con la realización del deseo.

Escuchemos la confesión de un amante-enamorado del cuerpo de las palabras, de un hombre (o de un nombre) que, en la estela de Nietzsche, nos está enseñando a leer y a escribir de otro modo y que, como García Calvo, nos está invitando a amar lo que en las palabras puede funcionar para destejer el funcionamiento servil del sentido, su relación constitutiva con el orden y con la esperanza:

Es verdad que sólo me interesan las palabras [...] amo las palabras [...] Para mí la palabra incorpora el deseo y el cuerpo [...] sólo me gustan las palabras [...] Lo que hago con las palabras es hacerlas explotar para que lo no verbal aparezca en lo verbal. Es decir, hago funcionar las palabras de tal manera que en un momento dado dejan de pertenecer al discurso, a lo que regula el discurso /... / Y si amo las palabras es también por su capacidad de escapar de su propia forma, o bien por interesarme como cosas visibles, como letras representando a la visibilidad espacial de la palabra o como algo musical o audible. Es decir, también me interesan las palabras, aunque paradójicamente, por lo que tienen de no discursivas, en lo que pueden ser utilizadas para explotar el discurso [...]. En la mayoría de mis textos existe un punto en el que la palabra funciona de una manera no discursiva. De repente desorganiza el orden y las reglas, pero no gracias a mí. Presto atención al poder que las palabras, y a veces las posibilidades sintácticas también, tienen para trastornar el uso normal del discurso, el léxico y la sintaxis [...] me explico a mí mismo a través del cuerpo de las palabras -y creo que sólo se puede hablar verdaderamente de "el cuerpo de una palabra" teniendo en cuenta las reservas de que hablamos de un cuerpo que no está presente a sí mismo- y es el cuerpo de una palabra lo que me interesa en el sentido de que no pertenece al discurso. Así que estoy realmente enamorado de las palabras, y como alguien enamorado de las palabras, las trato siempre como cuerpos que contienen su propia perversidad -su propio desorden regulado-. En cuanto esto ocurre, el lenguaje se abre a las artes no verbales [...] Cuando las palabras empiezan a enloquecer de esta manera y

dejan de comportarse respecto al discurso es cuando tienen más relación con las demás artes.

¿Por qué, dice Derrida, el cuerpo de las palabras no pertenece al discurso? En primer lugar, el cuerpo de las palabras es su cuerpo sensible, la materialidad que las hace visibles y audibles, lo que las aproxima al dibujo y a la música, su consideración como caligramas/pictogramas/ ideogramas o como sonidos. En segundo lugar, el cuerpo de las palabras es también su capacidad de escapar de su propia forma, es decir, su maleabilidad, su potencialidad de deformación o de transformación, su no estabilidad en suma. Y el cuerpo de las palabras es, por último, lo que en ellas hay de exceso o de ausencia respecto de sí mismas, de no correspondencia consigo mismas, de no presencia de sí a sí.

El discurso, por tanto, y si hemos de mantener la oposición de Derrida, es el lugar donde no vemos ni oímos a las palabras, el lugar donde usamos las palabras sin verlas ni oír las, sin atender a lo que tienen de visible o de audible, ignorando su forma o su musicalidad, desatendiendo al modo como están desplegadas en el espacio y el modo como vibran rimando y ritmando en el tiempo. Porque en la comunicación, en el uso normal de la lengua, ni vemos ni oímos ni saboreamos ni sentimos ni tocamos las palabras, sino que sólo las usamos como un medio o como un instrumento para la expresión o para la comprensión, para la comunicación, en suma, de ideas, sentimientos, hechos, etc.

El discurso sería, además, el lugar donde el funcionamiento de las palabras está regulado y ordenado, donde las palabras tienen un funcionamiento estable debido a los procedimientos de regulación y de ordenación a los que estén sometidas. El discurso sería así el lugar donde la expresión y la comprensión se produce automáticamente a través de convenciones mantenidas por dispositivos de poder, donde el lenguaje funciona con normalidad porque está sometido a procedimientos de normalización.

1. Jacques Derrida en BRUNETTE, Peter y WILLS, David. «Las artes espaciales. Una entrevista con Jacques Derrida». En: *Acción paralela*. <http://aleph-arts.org/acccpar/nu-niero> 1/Derrida/htm, pp. 10-11. Laguna Beach, California, 28 de abril de 1990.

Y el discurso sería, por último, el lugar donde las palabras coinciden consigo mismas, donde no hay en ellas diferencia ni ambigüedad, donde el sentido está plenamente presente en la letra y, por tanto, es fácilmente identificable y apropiable.

Amar el cuerpo de las palabras no es entonces ni conocerlas ni usarlas sino sentirlas: sentirlas en lo que tienen de perverso, en su poder para trastocar la normalidad propia de lo discursivo, y sentirlas también en lo que tienen de inaprensible, de incomprendible, de ilegible, de ininteligible. Así el cuerpo de las palabras, como el cuerpo del amante, se nos ofrece plenamente y sin reservas, y al mismo tiempo se nos retira escapándose a cualquier apropiación, a cualquier captación apropiadora. Lo que el cuerpo de las palabras revela es, justamente, la alteridad constitutiva del lenguaje, su distancia y su ausencia respecto de sí mismo. Por eso en el cuerpo de las palabras lo que amamos es, precisamente, aquello de lo que no nos podemos apropiarnos, aquello que nunca podremos hacer nuestro, aquello que inevitablemente se nos escurre y se nos extravía.

El cuerpo de las palabras es la revelación de lo que en ellas no pertenece al discurso, la irrupción del no-lenguaje en el seno del lenguaje. Pero de un no-lenguaje que subvierte el lenguaje, de un no-discurso que, sin embargo, es capaz de hacer explotar el discurso, de desestabilizarlo, de trastocar su normalidad y de trastornar sus reglas. El cuerpo de las palabras es su in-significancia, pero no una insignificancia neutra sino una insignificancia que hace enloquecer la significación. El cuerpo de las palabras no queda absorbido en la significación, no queda disuelto en la pura función de la representación, pero tampoco se mantiene exterior a ella. No hay correspondencia ni armonía ni integración entre la letra y el espíritu, pero tampoco hay ausencia de relación, pura exterioridad. Lo que hay entre el cuerpo y el sentido es diferencia y, a través de la diferencia, la posibilidad de la transgresión. Por eso no se trata de superar la antítesis entre el cuerpo y el sentido, sino de hacerla funcionar en lo que tiene de inquietante y de insuperable. El cuerpo de las palabras se conserva contra la significación porque la excede, pero no en una superación positiva, sino en una negación transgresora. La corporeidad de las palabras es su principio negativo, su negatividad inmanente, lo que las palabras mismas tienen de no verbales, de no discursivas. Por eso el amor al cuerpo de las palabras es un amor

ilegítimo, sin ningún sentido. Por eso amar el cuerpo de las palabras es hacerlas explotar, hacerlas funcionar pervirtiendo o enloqueciendo cualquier intento de mediación encaminada a la fabricación de sentido. El cuerpo de las palabras es el lugar del desfallecimiento de la comprensión, el lugar del colapso del sentido, la amenaza permanente de la interrupción de la positividad ordenada de nuestros discursos productores de sentido.

Como si el cuerpo de las palabras fuera el lugar de su libertad, porque revela que las palabras siempre son otra cosa que las servidoras del deseo de sentido que determina el buen funcionamiento del orden de lo discursivo. Amar el cuerpo de las palabras, por tanto, significa no eludir ni rechazar, sino asumir y preservar, el peligro de no tener sentido, porque el cuerpo de las palabras es lo que en todo discurso puede abrirse a la pérdida del sentido, al sinsentido.

BIBLIOGRAFÍA

BRUNETTE, Peter y WILLS, David. «Las artes espaciales. Una entrevista con Jacques Derrida». En: Acción paralela. <http://aleph-arts.org/accpa/numero1/Derrida1/htm>, pp. 10-11. Laguna Beach, California, 28 de abril de 1990.

GABILONDO, Ángel. Trazos del eros. Sobre leer, hablar y escribir. Madrid: Tecnos, 1997.

LARROSA, Jorge. La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. Barcelona: Laertes, 1996.

NANCY, Jean-Luc. Corpus. París: Métailié, 1992.

OUAKNIN, Marc-Alain. Méditations érotiques. París: Balland, 1992.

RANCIERE, Jacques. La chair des mots. Politiques de l'écriture. París: Galilée, 1998.

